

EL RECOBRO DEL SACERDOCIO CON MIRAS AL EDIFICIO DE DIOS

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje uno

El sacerdocio y el reinado con miras al edificio de Dios

Lectura bíblica: Zac. 6:11-15; Gn. 1:26; 1 P. 2:5, 9; He. 4:16; Ap. 22:1

- I. Las visiones mencionadas en Zacarías —que son visiones para dar alivio, consuelo y aliento— son confirmadas por la coronación del sumo sacerdote Josué, quien tipifica a Cristo en Su sacerdocio, y están vinculadas con Zorobabel, el gobernador de Judá, quien tipifica a Cristo como Renuevo de David en Su reinado—6:11-15:**
- A. Cristo es el Renuevo de Jehová, lo cual se refiere a Su divinidad; *el Renuevo de Jehová* denota que mediante Su encarnación Cristo es un nuevo desarrollo de Jehová Dios para que el Dios Triuno en Su divinidad se ramifique extendiéndose a la humanidad; esto tiene como finalidad el aumento y propagación de Jehová Dios en el universo—Is. 4:2; 7:14; Mt. 1:22-23.
 - B. Cristo también es el Renuevo de David (tipificado por Zorobabel), lo cual se refiere a Su humanidad y fidelidad real—Zac. 3:8; Jer. 23:5.
 - C. Cristo, tipificado en Zacarías 6:11-13 por dos personas —Josué y Zorobabel—, es el Único que desempeña ambos cargos, el del sacerdocio y el del reinado, en la administración de Dios con miras a la edificación de la iglesia como templo de Dios (cfr. 1 Co. 3:12, 17; 2 Co. 6:16).
 - D. “Consejo de paz habrá entre ambos” (Zac. 6:13b); la frase *entre ambos* significa entre el sacerdocio y el reinado (cfr. 1:1; Esd. 5:1).
- II. El enfoque de Hebreos es el Cristo celestial, y el punto principal del Cristo celestial es que Él es tanto el Sumo Sacerdote como el Rey (el Rey de justicia y el Rey de paz), según es tipificado por Melquisedec—5:10; 7:1-3, 28; 8:1-2:**
- A. Cristo no es solamente el Rey que posee poder y autoridad, sino también el Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec—2:17; 4:14; 5:6, 10; 6:20; 8:1; 9:11; Sal. 110:1-4:
 - 1. El ministerio celestial de Cristo en Su ascensión incluye tanto Su reinado como Su sacerdocio con miras a la edificación de la iglesia como templo de Jehová, el templo de Dios—He. 7:1-2; Zac. 6:13, 15; 1 Co. 3:16-17.
 - 2. Como Rey, Cristo tiene el cetro para regir sobre la tierra y administrar nuestros asuntos; y como Sumo Sacerdote, Él intercede por nosotros y se encarga de nuestro caso delante de Dios—He. 4:14-16; 7:25-26; 9:24; Hch. 5:31; Ro. 8:34; Ap. 1:12-13.
 - B. Como Sumo Sacerdote real según el orden de Melquisedec, Cristo ministra a Dios en nuestro interior como nuestro suministro a fin de que se cumpla el propósito eterno de Dios—He. 7:1-2; 8:1-2; Gn. 14:18-20:
 - 1. En Su ministerio terrenal Cristo fue Sumo Sacerdote según el orden de Aarón a fin de quitar de en medio el pecado—He. 9:14, 26.

2. Luego, en Su ministerio celestial Cristo fue designado Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec (5:6, 10), no para ofrecer sacrificios por el pecado, sino para ministrarnos al mismo Dios quien fue procesado por medio de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección, representado por el pan y el vino (Mt. 26:26-28), como nuestro suministro de vida para nutrirnos, refrescarnos, sostenernos, consolarnos y fortalecernos a fin de que seamos salvos por completo (He. 7:25).
 - C. El sacerdocio real de Cristo tiene como objetivo combatir contra los enemigos de Dios para traer justicia y paz a fin de que Él pueda ministrar a nosotros el Dios Triuno procesado como nuestro suministro y disfrute diarios—vs. 1-2; Gn. 14:18-20.
 - D. El sacerdocio divino de Cristo tiene como objetivo salvarnos por completo en Su vida hasta la glorificación de todos los elementos derivados de la muerte, tales como la vanidad, el gemir, el suspirar, la decadencia, el cautiverio, la corrupción y la esclavitud; Su sacerdocio divino equivale a la ausencia de muerte y la presencia de vida—He. 7:25, 28; Ro. 5:10; 8:19, 21, 23, 30.
- III. El sacerdocio y el reinado tienen como finalidad la imagen de Dios y Su dominio; el sacerdocio hace que el hombre tenga la imagen de Dios y el reinado hace que el hombre tenga el dominio de Dios a fin de llevar a cabo la intención original de Dios:**
- A. Existen dos aspectos principales en la creación del hombre: imagen y dominio (Gn. 1:26); la imagen tiene como objetivo la expresión de Dios, y el dominio tiene como objetivo la representación de Dios a fin de derrotar a Su enemigo.
 - B. El sacerdocio tiene como objetivo la expresión de Dios; los sacerdotes disfrutaban al Señor y llegan a ser Su expresión, manifestación, habitación y morada (Su casa espiritual como Su sacerdocio santo)—1 P. 2:5:
 1. La línea de la “imagen” es la línea del sacerdocio, pues Dios sólo puede ser expresado a Su imagen cuando el hombre se acerca a Dios y le permite a Dios fluir por medio de él.
 2. El sacerdocio tiene como objetivo contactar a Dios para mezclarse con Dios y ser transformados a la imagen de Cristo y ser conformados a ella con miras a Su expresión—2 Co. 3:18; Ro. 8:28-29.
 - C. El reinado tiene como objetivo la autoridad del Señor, Su dominio; los reyes representan a Dios junto con Su autoridad para derrotar a Su enemigo—Mt. 28:19-20; Ro. 16:20:
 1. La línea del “dominio” es la línea del reinado, puesto que un rey recibe autoridad de parte de Dios a fin de reinar por Dios.
 2. El reinado tiene como objetivo reinar en vida (por la abundancia de la gracia y el reinar interior de la gracia) sobre Satanás, el pecado y la muerte a fin de representar a Dios junto con Su dominio con miras a Su reino—5:17, 21.
 - D. La redención lograda mediante la sangre de Cristo “hizo de nosotros un reino, sacerdotes para Su Dios y Padre”—Ap. 1:5b-6a.
 - E. En el milenio los vencedores serán sacerdotes, quienes se acercan a Dios y a Cristo, y también serán reyes, quienes reinan sobre las naciones junto con Cristo—2:26-27; 20:4, 6.

- F. Los creyentes que sean derrotados perderán esta recompensa; sin embargo, después de ser disciplinados por el Señor en el milenio, los derrotados tendrán parte en la bendición de esta recompensa, de tal manera que servirán a Dios en el sacerdocio y representarán a Dios en el reinado, la Nueva Jerusalén, en el cielo nuevo y la tierra nueva—22:3, 5:
1. Cuando la Nueva Jerusalén es manifestada, la ciudad santa es semejante al jaspe (21:11, 18a); el jaspe denota la imagen de Dios, puesto que la apariencia de Dios es semejante al jaspe (4:3); en la ciudad santa el agua de vida —el Espíritu de vida— fluye para llenar la ciudad con Dios mismo; por lo tanto, la imagen de Dios, la expresión de Dios, es hecha real por completo.
 2. Además, aquellos que sean parte de la Nueva Jerusalén reinarán como reyes y ejercerán la autoridad de Dios por la eternidad—22:5.

IV. El trono y el río de agua de vida que se mencionan en Apocalipsis 22:1 hablan acerca de Cristo, quien es tanto el Rey como el Sacerdote:

- A. Según el cuadro de la Nueva Jerusalén, la autoridad del trono y la comunión de vida, el fluir de vida (v. 1), tienen como fin la edificación de la Nueva Jerusalén; esto corresponde con Zacarías 6:12-13, que habla acerca de los cargos del sacerdocio y el reinado que convergen en Josué y Zorobabel, quienes son tipos del Señor Jesús, por el bien de la edificación del templo de Dios:
1. El río de agua de vida, el fluir de vida, es la comunión divina que consiste en ser saturados y empapados de Dios con miras a Su sacerdocio santo junto con Su imagen, Su expresión—1 P. 2:5.
 2. El trono de Dios y del Cordero es el regir y la autoridad como cabeza de Cristo, la corporificación de Dios, con miras a Su sacerdocio real junto con Su dominio, Su reino—v. 9.
- B. Los sacerdotes se acercan a Dios, entran al Lugar Santísimo para tocar el trono de Dios, y le permiten a Dios fluir como ríos de agua viva por medio de ellos y hacia otras personas (Jn. 7:37-39a); el fluir del agua de vida desde el trono hacia dentro de nosotros y desde nuestro interior es la única manera en que se edifica la iglesia de Dios.
- C. En Hebreos Cristo como Sacerdote introduce a los creyentes en el Lugar Santísimo, es decir, en la comunión con Dios (2:17; 3:1; 4:14; 5:6; 7:1); en Mateo, Cristo como Rey es Emanuel, Dios con nosotros, Aquel que une a Dios con el hombre y trae la autoridad de Dios al hombre (1:1, 23; 2:6):
1. Hebreos habla acerca de la edificación de una ciudad (11:9-10, 16; 12:22), mientras que el Evangelio de Mateo habla acerca de la edificación de la iglesia (16:18); la edificación de la iglesia y la edificación de la ciudad son la misma cosa.
 2. Cristo es tanto el Sacerdote como el Rey por causa del edificio de Dios; en Cristo están la comunión del sacerdocio y la autoridad del reinado, los cuales tienen como finalidad el edificio de Dios; por una parte, de Cristo fluye la comunión de vida a nosotros con miras a la imagen de Dios y, por otra, Él nos trae bajo la autoridad del trono con miras al dominio de Dios.
- D. En 1 Pedro 2:9 se nos revela que los redimidos son un “real sacerdocio”; la palabra *real* significa que tenemos la posición y autoridad propias de un rey (el trono), y la palabra *sacerdocio* indica que tenemos la comunión de vida (el río de agua de vida).

- E. Todos entre nosotros debe ser un sacerdote real (v. 9), alguien que tiene el fluir de vida proveniente del trono; en cada uno de nosotros debe haber una expresión tanto del sacerdocio como del reinado; la intención de Dios para con Su pueblo consiste en hacer de ellos un reino de sacerdotes (Éx. 19:4, 6; Ap. 5:10).
- V. Según Hebreos 4:16, la manera de ministrar como sacerdote consiste simplemente en acercarse al trono de la gracia para recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro:**
- A. Debemos comparar Hebreos 4:16 con Apocalipsis 22:1, que dice que el río de agua de vida sale del trono de Dios.
- B. Cuando nos acercamos para contemplar a Dios y contactarle al orar en nuestro espíritu a fin de tocar Su trono, experimentamos al Espíritu que fluye en nosotros, fluye por medio de nosotros y nos suministra.
- C. Este suministro, este fluir del Espíritu de vida, es el oportuno socorro, el cual equivale a la misericordia y la gracia de Dios; la misericordia y la gracia se refieren a Dios que fluye por medio de nosotros y a quien obtenemos.
- D. El oportuno socorro es el Dios viviente, el Dios que fluye, quien viene a nosotros y fluye por medio de nosotros para refrescarnos, regarnos y suministrarlos; cada vez que, por la sangre del Señor (He. 10:19-20), nos acercamos y tocamos el trono de la gracia, Dios fluye para refrescarnos y regarnos, y experimentamos un gozo indescriptible, sin importar cuán difíciles sean nuestras circunstancias (1 P. 1:8).
- E. Para los creyentes este trono es el trono de la gracia, pero para el enemigo de Dios es el trono de autoridad; el trono de la gracia tiene que ver con el sacerdocio y el trono de autoridad tiene que ver con el reinado:
1. Desde el trono de Dios fluyen el río de agua de vida para dar gracia (Ap. 22:1), y el río de fuego para juzgar (Dn. 7:9-10).
 2. El fluir del río de agua de vida produce la Nueva Jerusalén como una ciudad de agua, pero el río de fuego del juicio de Dios fluye hasta el lago de fuego.
 3. Cuando tocamos el trono de la gracia y permitimos que el agua de vida fluya a través de nosotros, recibimos misericordia y gracia para el oportuno socorro; entonces podemos tocar Su trono de autoridad para que Él pueda juzgar las situaciones impropias en nuestro ser.
- F. Dios desea que entremos en el Lugar Santísimo, nuestro espíritu, a fin de tocar el trono de la gracia y permitir que el agua de vida fluya a través de nosotros; este fluir nos introducirá en comunión con Dios y hará que seamos edificados en Su vida para ser Su morada, Su casa espiritual, Su sacerdocio santo y real— 1 P. 2:5, 9.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL CONTENIDO DE LA CIUDAD SANTA: UN TRONO Y AGUA VIVA

Los capítulos 21 y 22 de Apocalipsis presentan un cuadro claro del contenido de la Nueva Jerusalén, la ciudad santa. El trono de Dios y del Cordero está en el centro de la ciudad; es la cumbre de la ciudad. Un río de agua de vida sale del trono y fluye por toda la ciudad (v. 1). Hay una sola calle en la ciudad y el río está en medio de la calle. A uno y otro lado del río de vida está el árbol de la vida (v. 2). Aunque los capítulos 21 y 22 hablan acerca de muchas cosas, el

contenido principal es el trono de Dios y del Cordero y el río de agua de vida que sale del trono. Todas las demás cosas complementan estos dos elementos. Por ejemplo, el árbol de la vida y la calle siguen el fluir del río. Aun los asuntos de que Dios es la luz y que el Cordero es la lámpara se relacionan al fluir del río de vida (v. 3; Jn. 1:4). Sin el fluir del río de agua de vida, no existiría el resplandor de la luz. Además, el hecho de que Dios y el Cordero sean el templo está relacionado con el trono (Ap. 21:22). Que Dios y el Cordero sean el templo se refiere a la presencia de Dios y del Cordero, y la presencia de Dios y del Cordero no puede separarse del trono de Dios y del Cordero. Sin el trono de Dios y del Cordero, no tendríamos presencia de Dios y del Cordero. Por lo tanto, el contenido principal de la Nueva Jerusalén es el trono de Dios y del Cordero y el río de agua de vida que sale del trono.

EL TRONO Y EL AGUA QUE FLUYE REPRESENTAN LA AUTORIDAD Y LA COMUNIÓN

El trono y el agua de vida que fluye representan la autoridad y la comunión. El trono de Dios y del Cordero representa autoridad, mientras que el fluir del agua de vida representa la comunión de vida. Dios es Dios, y Él es el Cordero (Jn. 1:36). Él también es vida (11:25). La Nueva Jerusalén habla acerca de Cristo, quien vino como Cordero de Dios para lograr la redención mediante Su muerte y para liberar Su vida divina. Este cuadro comienza con el Cordero y termina con la vida; habla acerca de Cristo que vino como Cordero de Dios con el propósito de que Él mismo fluya como vida (10:10). Este cuadro es bastante profundo; presenta la revelación clara de la Biblia mediante una señal, la cual ha sido presentada en un estilo de escritura sencillo. Toda la Biblia nos muestra que Dios desea que le recibamos y desea mezclarse con nosotros en Cristo. A fin de hacer esto posible, que le recibamos y nos mezclemos con Él, Dios se liberó a Sí mismo como vida mediante la muerte de Cristo como Cordero (Ap. 5:6). Por medio de Su muerte, podemos recibirle como vida. Por consiguiente, Cristo es el Cordero y también es la vida.

En el Evangelio de Juan y en Apocalipsis, el apóstol Juan presenta de manera consistente el asunto de que Cristo es el Cordero y es la vida. El Evangelio de Juan comienza hablando de Cristo como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1:29). El Evangelio de Juan también registra lo que el Señor dijo en cuanto al hecho de que vino para que tengamos vida (10:10). Esta promesa se confirma por el hablar del Señor en el capítulo 7, cuando se puso en pie y alzó la voz, diciendo: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (vs. 37-38). Juan también presenta un registro único de la muerte del Señor, el cual revela que salió sangre y agua de Su costado cuando fue crucificado (19:34). La sangre efectúa la redención y el agua representa la impartición de vida. La señal de la Nueva Jerusalén nos muestra que Dios en Cristo, el Cordero, fluye como vida hacia el interior del hombre. Juan habla repetidas veces acerca de la relación que existe entre el agua de vida y el Cordero (Ap. 7:17; 21:6; 22:1). Todos estos versículos hablan de Cristo como Cordero que fue inmolado para liberar la vida divina a fin de que ésta pueda fluir hacia el interior del hombre. Éste es el aspecto de la comunión.

LA COORDINACIÓN ENTRE EL TRONO Y EL AGUA VIVA

Conforme al cuadro que vemos en Apocalipsis, el río de agua de vida fluye del trono. Esto, a su vez, significa que el fluir de la vida, la comunión de vida, transmite la autoridad del trono. La autoridad del trono está presente adondequiera que el río fluye. La autoridad y la comunión, los dos aspectos principales que componen la Nueva Jerusalén, están coordinados. La autoridad del trono fluye a cada parte de la ciudad por medio de la comunión de vida; así pues, toda la ciudad se mantiene en comunión y bajo autoridad.

Por una parte, la autoridad del trono se encuentra en el centro de la ciudad y, por otra, la comunión del río de agua de vida fluye por toda la ciudad. Este cuadro nos muestra que el fluir del río de agua de vida lleva la autoridad del trono por toda la ciudad. En la Nueva Jerusalén no sólo hay autoridad, sino también comunión; la comunión está coordinada con la autoridad, y la autoridad está mezclada con la comunión.

Todo en la Nueva Jerusalén depende de la coordinación entre la comunión y la autoridad. El agua que los sedientos pueden beber está relacionada con la coordinación entre la comunión y la autoridad; el alimento en la ciudad, es decir, los frutos del árbol de la vida, se relaciona con la coordinación entre la comunión y la autoridad. Aun la calle en la ciudad está relacionada con la coordinación entre la comunión y la autoridad. Todo lo relacionado con nuestro vivir, nuestra manera de proceder y nuestra experiencia en la presencia de Dios depende de la coordinación entre la comunión y la autoridad. Sin la coordinación entre la comunión y la autoridad en esta ciudad, no habría alimento, ni bebida ni calle alguna.

En la iglesia hoy en día, nuestro alimento espiritual, nuestra bebida espiritual, nuestro camino espiritual y nuestra experiencia de la presencia de Dios dependen de la coordinación entre la comunión y la autoridad. Si existe una coordinación plena entre la comunión y la autoridad en una iglesia local, la iglesia estará llena del agua viva, del alimento y del camino de Dios. No sólo habrá agua para beber, alimento para comer y un camino en el cual andar, sino que también estará la presencia de Dios. Sin tal coordinación entre la comunión y la autoridad, el templo como morada de Dios estará deficiente, y Su presencia no será evidente. El aspecto de que Dios es la luz y Cristo la lámpara para iluminar con la gloria de Dios también guarda relación con la coordinación entre la comunión y la autoridad. Sin esta coordinación, sería imposible conocer a Dios como luz y a Cristo como lámpara. Todo en la Nueva Jerusalén depende del trono y del río de agua de vida. No hay carencia dondequiera que el trono y el río de agua de vida están presentes.

EL TRONO Y EL AGUA VIVA PRODUCEN ORO, PERLA Y PIEDRAS PRECIOSAS

La ciudad es de oro puro, las puertas son perlas, y los cimientos del muro y el muro mismo son piedras preciosas (21:18-21). La ciudad está edificada con estos tres materiales porque en la ciudad existe un fluir de vida junto con autoridad. El fluir del río de agua de vida produce oro, perla y piedras preciosas. Esto se ve de manera clara en Génesis 2:10-12, que habla acerca de un río que produce oro, bedelio que es un material similar a la perla que es producido por la resina de un árbol, y ónice que es una piedra preciosa. Por lo tanto, sin el fluir del agua de vida, no habría oro, perla y piedras preciosas.

Los versículos 8 y 9 muestran que Dios puso al hombre en el huerto junto con el árbol de la vida. Los versículos del 10 al 14 hablan acerca del río que salía del Edén y se repartía en cuatro brazos, y luego los versículos 16 y 17 vuelven a hablar acerca del árbol de la vida. Los versículos del 10 al 14 son una palabra insertada acerca del fluir del agua. Lo que este cuadro implica es que cuando el hombre reciba vida del árbol de la vida, la vida fluirá en su interior y esto producirá oro, perla y piedras preciosas. Por lo tanto, a fin de que la iglesia esté llena de oro, perla y piedras preciosas, debe tener el fluir del río de agua de vida, es decir, la comunión de vida. Si una iglesia local no tiene el fluir del Espíritu de Dios y de la vida de Dios, será difícil que esa iglesia produzca bastante oro, perla o piedras preciosas. Estos tres materiales preciosos sólo pueden surgir a partir del fluir de la vida. Si deseamos prestarle atención al edificio de Dios, tenemos que prestarle atención al fluir de la vida.

Hoy en día el Cordero de Dios se enfatiza mucho en la predicación hecha en el cristianismo. Por todas partes podemos oír gente diciendo: “¡He aquí el Cordero de Dios!”. Sin

embargo, es muy raro oír a las personas decir que el Cordero liberó la vida de Dios a fin de que podamos recibir Su vida y ser edificados como iglesia. Se habla muy poco acerca del fluir de Su vida en la iglesia, y se habla aún menos acerca de que el fluir de la vida trae la autoridad del trono y la comunión de la vida a cada miembro para que la iglesia esté llena de la autoridad y la comunión de vida. La iglesia tiene que tener la comunión de vida que viene con la autoridad para que se puedan producir oro, perla y piedras preciosas con miras a la edificación. Ésta es la máxima meta de que Cristo sea el Cordero de Dios.

EL TRONO Y EL AGUA VIVA HABLAN ACERCA DEL HECHO DE QUE EL SEÑOR OCUPA LOS CARGOS DEL REINADO Y DEL SACERDOCIO

Apocalipsis 22 es un cuadro que presenta cómo los israelitas redimidos de la era antiguo-testamentaria y los santos de la era neotestamentaria son edificados como una ciudad, la Nueva Jerusalén. La Biblia concluye con el trono de Dios y del Cordero como centro entre el pueblo de Dios; este trono también es el centro de toda la Biblia.

El río de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero es Cristo como Cordero de Dios que fue muerto y quien fue liberado como Espíritu en resurrección, a fin de fluir como vida hacia el interior de los que han sido redimidos. Cristo es el camino, la realidad y la vida de los redimidos, así como también Él es el camino, la realidad y la vida de la Nueva Jerusalén. Todos estos elementos fluyen desde el trono de Dios y del Cordero, el cual está en el centro de la Nueva Jerusalén. Cristo como camino, realidad y vida del pueblo de Dios trae la autoridad de Dios, la autoridad del trono, al pueblo de Dios. El trono y el agua de vida hablan acerca de Cristo, quien es tanto el Rey como el Sacerdote. Él vino para ser el camino, la realidad y la vida a fin de que los redimidos pudiesen tener comunión con Dios y compenetrarse unos con otros. El agua de vida nos señala el aspecto de Cristo como Sacerdote. Él también trae la autoridad del trono a los redimidos. El trono nos señala el aspecto de Cristo como Rey. La comunión de vida y la autoridad del trono están relacionadas con los oficios del sacerdocio y el reinado, los cuales pertenecen al Señor.

Según el cuadro de la Nueva Jerusalén, la autoridad del trono y la comunión de vida, tienen como objetivo la edificación de la Nueva Jerusalén. Esto concuerda con Zacarías 6:12-13, que habla acerca de los cargos del sacerdocio y el reinado, los cuales convergen en Josué, quien es un tipo del Señor Jesús, por el bien de la edificación del templo de Dios.

En el Nuevo Testamento el libro de Hebreos trata particularmente con el aspecto de Cristo como Sacerdote. Este libro muestra que Cristo, como Sacerdote, nos capacita para que disfrutemos a Dios como nuestro camino, nuestra realidad y nuestra vida. Él introduce a los creyentes en el Lugar Santísimo, esto es, los introduce en la comunión con Dios (2:17; 3:1; 4:14; 5:6; 7:1). En el Nuevo Testamento el Evangelio de Mateo trata de manera particular con el aspecto de Cristo como Rey. Este libro nos muestra que Cristo es Emanuel, quien une a Dios con el hombre y trae la autoridad de Dios al hombre (1:1, 23; 2:6). Aunque Hebreos nos habla de Cristo como Sacerdote y el Evangelio de Mateo nos habla de Cristo como Rey, ambos libros hablan de la edificación. Hebreos habla acerca de la edificación de una ciudad (11:9-10, 16; 12:22), mientras que el Evangelio de Mateo habla acerca de la edificación de la iglesia (16:18). La edificación de la iglesia y la edificación de la ciudad se refieren a lo mismo.

Cristo es el Sacerdote con miras al edificio de Dios, y Cristo es el Rey con miras al edificio de Dios. Éstos no son dos asuntos separados. Aunque Hebreos habla de manera detallada acerca del Señor Jesús como sacerdote, habla acerca del Señor Jesús como sacerdote según el orden de Melquisedec, quien es el rey de Salem (6:20—7:1). Por lo tanto, el Señor como sacerdote también es un rey. De manera similar, aunque el Evangelio de Mateo nos muestra que

Cristo es el Rey, también es indicio de que Él es un sacerdote. Por ejemplo, Él vino a pastorear a Su pueblo Israel y a servir (2:6; 20:28). Estos ejemplos hablan acerca de que Él es un sacerdote. En Cristo están tanto la comunión del sacerdocio como la autoridad del reinado, los cuales tienen como meta el edificio de Dios.

El Cordero de Dios estaba con los israelitas en el Antiguo Testamento como tipo y con la iglesia en el Nuevo Testamento como cumplimiento. Junto con el Cordero redentor existe el fluir del agua de vida al interior del hombre. A medida que Cristo fluye la vida de Dios, Él también trae a los redimidos bajo el trono de Dios. Por una parte, de Él fluye la comunión de vida a nosotros y, por otra, Él nos trae bajo la autoridad del trono. Él es tanto el Sacerdote como el Rey. Apocalipsis 21 y 22 presentan tal cuadro descriptivo.

En principio, los elementos en este cuadro descriptivo estaban presentes cuando el tabernáculo fue erigido en el monte Sinaí. El tabernáculo habla acerca de Cristo como centro del pueblo de Dios. Como Cordero pascual, Él fue muerto a fin de que los israelitas pudieran tener comunión con Dios en el edificio de Dios. Además, Él trajo la autoridad de Dios al hombre. Como resultado de la edificación del tabernáculo, el pueblo de Dios tenía la comunión de la vida de Dios y la autoridad del trono de Dios. Pudieron disfrutar todo lo que Dios es y tiene, y pudieron ser edificados juntamente como morada de Dios. Por lo tanto, cuando los israelitas edificaron el tabernáculo, éste era una miniatura de la Nueva Jerusalén. La ciudad de Jerusalén, la cual los israelitas edificaron en la tierra de Canaan, también era una miniatura de la Nueva Jerusalén. En Ezequiel 47 el profeta Ezequiel vio un río que fluía desde el templo de Dios en Jerusalén, y adondequiera que este río iba, todo vivía y prosperaba (vs. 9, 12). El propósito de Dios se cumplirá cuando la Nueva Jerusalén se manifieste en el cielo nuevo y la tierra nueva. Todos los elementos presentes en el cuadro del tabernáculo y en el cuadro de la Nueva Jerusalén señalan el hecho de que Cristo es vida para el pueblo de Dios, el cual los trae bajo la autoridad del trono a fin de ser edificados juntamente como morada de Dios.

LOS REDIMIDOS OCUPAN LOS CARGOS DEL REINADO Y EL SACERDOCIO

Según la Biblia, además de Cristo, quien ocupa los cargos del reinado y el sacerdocio, los redimidos también ocupan ambos cargos. En 1 Pedro 2:9 se nos revela que los redimidos son un “real sacerdocio”. La palabra *real* significa que tenemos la posición y autoridad propias de un rey. La palabra *sacerdocio* indica que tenemos la comunión de vida. Apocalipsis 5:10 dice que Dios nos hace sacerdotes para reinar sobre la tierra. Estamos unidos a Cristo y ocupamos los cargos del reinado y el sacerdocio. Por lo tanto, estamos capacitados para cumplir con lo que Dios necesita para el edificio.

ESTAR ABIERTOS PARA LA LIBERACIÓN DEL ESPÍRITU

Ahora que hemos visto la necesidad de que el sacerdocio equilibre el reinado, es decir, que la comunión equilibre la autoridad, tenemos que abrirnos y liberar nuestro espíritu a fin de que el Espíritu de vida pueda fluir libremente entre nosotros. La mejor manera de abrirnos y liberar nuestro espíritu es al orar. Una vez nos abramos para orar, nuestro espíritu será liberado para suministrar a otros. Si todos los santos se abren para orar y liberan sus espíritus en la reunión, experimentaremos el agua viviente de vida rebosando y fluyendo en la reunión, y toda la reunión será una expresión de la Nueva Jerusalén.

Algunos pueden estar preocupados por el tema de nuestra oración, pero no debemos preocuparnos por esto. El tema de nuestra oración puede ser conforme a nuestra situación en cualquier momento. Por ejemplo, ya que actualmente estamos considerando el asunto de

abrirnos y liberar nuestro espíritu para tener comunión, podemos pedirle al Señor que abra nuestro espíritu, libere nuestro espíritu y compenetre nuestros espíritus. Tener un tema en particular no es el aspecto más importante de la oración. El aspecto más importante es abrir nuestro espíritu de manera genuina y ejercitar nuestro espíritu para orar. Debemos usar nuestro espíritu además de nuestra boca. Tenemos que liberar nuestro espíritu. Si nuestro espíritu es liberado, incluso un tema que parece insignificante llegará a ser un tema muy bueno. Por ejemplo, puede que varios hermanos que se juntan para orar no tengan un tema específico, pero el mero hecho de que se junten es un tema adecuado. Ellos pueden abrir sus espíritus y orar: “Señor, te damos gracias y te alabamos por habernos reunido. Te pedimos que nos dirijas para que podamos tocarte en esta reunión. Señor, haz que nos abramos a Ti para que ninguno de nosotros esté cerrado en nuestro espíritu y para que puedas operar libremente entre nosotros”. Esta clase de oración es bastante adecuada.

Si nuestros espíritus están abiertos, no hay límite en cuanto a los temas de nuestra oración. Adorar a Dios puede ser un tema, dar gracias a Dios y alabar a Dios puede ser un tema, y la edificación puede ser un tema, incluso el mayor tema. Cuando nos reunimos, podemos orar por la edificación. Podemos decirle al Señor: “Quisiéramos ser edificados y quisiéramos que la iglesia sea edificada. Estamos dispuestos a tomar parte en la edificación. Alúmbranos y muéstranos lo que hay en nuestro ser que no es adecuado para el edificio. Estamos dispuestos a permitir que lo elimines. Estamos dispuestos a recibir el quebrantamiento y el trato proveniente de Tu mano”. Todos éstos son posibles temas. Por lo tanto, el tema de nuestra oración no es lo importante. Lo que importa es si estamos dispuestos a abrir nuestro espíritu o no. Cada vez que nos reunamos con los santos, siempre necesitamos abrirnos.

Cuando hablamos acerca de abrirnos, podríamos pensar que esto significa ser francos con los demás o aun señalar sus errores. Esto no es lo que significa estar abiertos. Estar abiertos significa que nuestro espíritu sale. Cuando nos reunimos, tenemos que abrirnos para permitir que el Espíritu de Dios fluya a nuestro interior y fluya por medio nuestro. Si los hermanos y hermanas están abiertos en una reunión y le permiten al Espíritu Santo fluir hacia su interior y pasar a través de ellos libremente, nuestra reunión estará llena del suministro.

En el pasado nuestro problema era que nuestros espíritus no estaban abiertos. Cuando veníamos a una reunión, nuestros espíritus estaban cerrados. Esto era cierto no sólo en las reuniones en las que se daba un mensaje, sino aun en nuestras reuniones de oración y en nuestras reuniones del partimiento del pan. Nuestra preferencia ha sido ser independientes, observar a otros y recibir alguna bendición de parte de ellos. Nunca tuvimos el pensamiento de que cada reunión era una oportunidad para abrirnos a Dios y abrirnos a los hijos de Dios. Por lo tanto, en las reuniones nuestros espíritus estaban cerrados, y el fluir de la vida se interrumpía por no tener vía alguna por la cual fluir. Como resultado de ello, había una escasez de alimento espiritual y de agua viva en la reunión, y las personas no eran alimentadas ni regadas. Además, incluso había un sentir de no poder progresar porque la presencia de Dios no estaba con nosotros.

Tal condición anormal en una reunión de la iglesia tiene que ver con el hecho de que el agua de vida no tiene manera de fluir. Nuestras reuniones no deben ser semejantes a una persona que tiene de toda clase de enfermedad porque tiene un problema de pobre circulación sanguínea. Debemos enfocarnos en abrir el camino para la circulación de la comunión de vida en la iglesia. Si el río de agua de vida está fluyendo a través de la iglesia, tendremos el pan de vida y el agua viviente de vida; también tendremos la presencia de Dios y el camino de Dios. Además, este fluir producirá oro, perla y piedras preciosas, lo cual tendrá su máxima consumación en el edificio de Dios. (*The Priesthood and God's Building*, págs. 27-35)